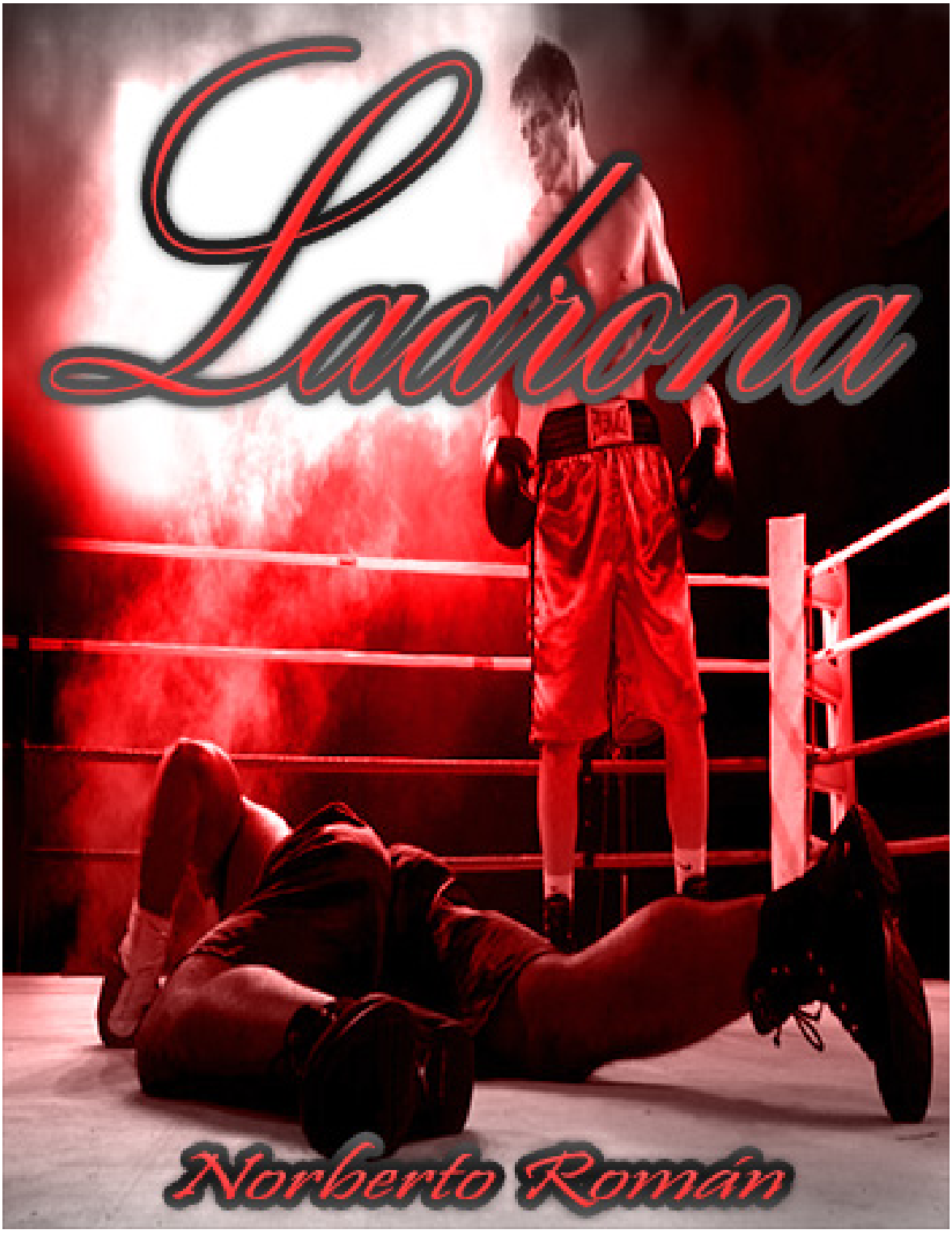
LADRONA

BREZZO



Capítulo 1

LADRONA

Nací el 5 de junio de 1981 en un pequeño pueblo al sur de California. Recuerdo que de pequeño me apasionaba el boxeo y hasta hice que mi padre me comprara unos guantes. Lo que empezó como un sueño se había convertido en una realidad. Mi padre se encargó de que me encerrara en mi pasión y fuera ese atleta admirado por todo el mundo.

A los 16 ya había viajado a muchos países, entre ellos, los más conocidos de donde salían las leyendas como Julio César Chávez y Wilfredo Benítez. A los 18, me habían escogido como profesional. Mi familia y yo estábamos muy contentos, pero especialmente mi viejo, que con lágrimas me decía "Lo lograste, campeón. De seguro tu madre está contenta allá arriba en el cielo". Esas palabras me desplomaron porque sé lo importante que era para ella.

El tiempo transcurría y yo seguía creciendo como atleta. Mi reputación se dio a conocer con el renombre "The Ghost" y a la misma vez, se le hacía difícil a los demás boxeadores sobresalir.

Sin embargo, nunca creería que fuera a caer en las manos de un mafioso y temible personaje llamado Morgan. Era conocido en el bajo mundo como el del juego negro. En varios combates de los cuales no estaba preparado para pelear con esos boxeadores lograba triunfar de manera muy fácil. Esto empezaba a molestarme porque el mismo Morgan se encargaba en doblar las apuestas a su favor y así echarse una buena tajada.

Los boxeadores perdían gustosamente porque eran premiados con mujeres y droga, pero esos hombres poco a poco dejaban de existir para la fanaticada del boxeo y los medios. Luego terminaban en las calles, destruidos y muchos de ellos muertos por la gran paliza que recibían.

Un día llegaron a mi casa dos sujetos que trabajaban para Morgan. Me pidieron que los acompañara. Les pregunté que para dónde íbamos y la única respuesta fue un rostro con cejas inclinadas y una pistola en la cintura del negro que me dio el mensaje. Por el camino hicieron una parada frente a un edificio abandonado. El negro se desmontó y fue adentro mientras que el conductor se quedó montado y aproveché la oportunidad para preguntar qué hacíamos en ese lugar. La respuesta fue la misma pero esta vez a través del retrovisor. Entonces pude comprender que a estos hombres no les interesaba para nada tener cualquier comunicación conmigo. No tuve de otra que cerrar el pico y

esperar.

Después de un rato, apareció una van negra y de ella salieron tres sujetos, todos con cara de malos. Dos de ellos se quedaron a la puerta mientras que el tercero entró con un maletín en la mano. Miré nuevamente mi reloj y observé que habían pasado 25 minutos desde que llegaron. De repente, mi conductor se desmonta y les arrebata la vida a los hombres que cubrían la puerta.

Entré en pánico y traté de abrir ambas puertas, pero estaban cerradas por fuera. Entonces, nuevamente se escucharon varias detonaciones adentro del edificio. Seguramente fueron producidas por el negro que ya estaba afuera con su celular en mano y la otra el maletín. El negro llamó a su compañero y le dio instrucciones. Entonces el conductor me bajó del carro y me entregó las llaves de la van. Me dijo que llevara el vehículo a un estacionamiento cerca. Me negué y le dije que no me iba a ensuciar las manos por ellos.

El conductor se rio y miró al negro. Sacó de nuevo su pistola y la llevó a mi frente. Me ordenó nuevamente.

—Ok, no pasa nada. Les haré el favor.
—Tú no estás haciendo un favor, es que te toca hacerlo.
—Entendido. ¿A quién se lo entrego?
—No te preocupes de eso. Te darás cuenta de inmediato.

Mientras conducía, me preguntaba en dónde estaba metido. Qué juego estaban jugando conmigo. Hacia dónde me estaba dirigiendo y quién recogería la guagua. No lo podía negar, sentía miedo y tenía un mal presentimiento.

De repente, todo cambió para mal porque agentes de la policía se cruzaron de frente en un helicóptero haciendo que todo el tráfico se detuviera. Me quedé en estado catatónico. No supe qué hacer. Escuchaba las voces de los policías lejos y poco a poco me fui desmayando. Cuando vine a despertar, me encontraba en la camilla de un hospital esposado a la baranda de metal.

Los días pasaron y los meses se burlaron de mí porque se convirtieron en una cadena perpetua que arrasó con toda mi familia, con toda mi carrera profesional y con toda mi dignidad. Mi padre lo perdió todo, incluyendo su casa por conseguirme los mejores abogados. Al final se dio cuenta que era inútil y murió de sufrimiento dejando a su hijo en pedazos mientras que yo sigo tratando de atar los cabos sueltos que, si los llegase a encontrar, no servirían de nada. El verdadero culpable acaba de subir a uno de sus boxeadores al cuadrilátero, que seguramente ese también

tendrá un destino mejor que el mío. Quién sabe si hasta peor. Sólo le deseo que la vida no se convierta en ladrona de su alma.